



“Acompañando la fragilidad”

(Palabras de apertura de la Jornada Sociosanitaria 13.3.2018)

Estimados participantes en esta doble Jornada. Imagino que habéis llegado aquí cargados de esperanza en lo que vamos a tratar y huyendo de ese mal fario que todo 13 y martes parece que se nos cuele por los poros de nuestro cotidiano vivir. Por eso, a pesar de lo supersticioso que pueda ser este día hemos queridos acercarnos hasta aquí para compartir algo más que un poema de horóscopo funesto.

Sí, porque acompañar es dejar que nuestra vida se enmarañe en el cálido abrazo del que muestra debilidad, no porque uno quiera, sino porque la vida en su inexorable marcha nos ofrece un poco de fragilidad a la cual no queremos escapar, nosotros, los que parecemos fuertes ni aquellos a los que dedicamos nuestra hermosa labor de acompañar, que pareen más débiles.

Sí; digo que “parecen” porque también el observar, nos puede (al menos a mí, en lo que me ocurre muchos días cuando voy andando a trabajar) que en cierto momento me descoloca.

Veo a un niño pequeño, en silla de ruedas, empujado por la que parece ser su madre (nunca se lo he preguntado) llevando apoyado en sus piernas un pequeño perrillo, al que el chavalito acaricia con sus manos. Y la pregunta surge enseguida: ¿Quién es el débil aquí? ¿El niño que viaja en silla de ruedas sosteniendo al perrillo o, al revés? O mejor, ¿quién es el fuerte: el muchacho que sostiene al perrillo y le acaricia o el perrillo que, sin darse mucha cuenta pero cobijado en el calor de unas piernas que soportan el leve peso del animal, le da al muchacho en silla de ruedas el valor para seguir viviendo?

Sí, alguna vez me lo he preguntado al verlos. Y, pensad que no siempre he sabido qué responder, al menos del lado de la razón. Porque el pequeño animal, sostiene la triste congoja del muchachito que no puede moverse más que en silla de ruedas. Pero que le transmite su calor, su grado de amistad, su cobijo satisfecho en una unión que se me antoja vivificadora. Y, a su vez, el pequeño muchacho dota al animal de ese elemento de vida que significa la caricia y el cariño, reflejados en esa mano que pasa suavemente por la piel del perrillo.

Todo esto me lleva a trasladar esa experiencia a lo que hoy y mañana pretendemos hacer aquí. Lo titulamos: “Acompañar la fragilidad”. Y me pregunto también hoy, sin ánimo de polémica, si nosotros somos los fuertes que acompañamos a nuestros hermanos y hermanas, a los que la vida les ha gastado ya las fuerzas o la mente (pero creo que nunca el corazón, por muy débil que lo tengan) y somos los que aportamos fortaleza o es al revés. Porque la vida de nuestro hermanos y hermanas, tocados por la fragilidad de una vida que se va acabando, tienen la enorme fuerza de la experiencia acumulada, de la vida gastada a favor de los otros, de una experiencia de Dios hecha en reciedumbre de tiempos, acaso más duros que los nuestros, y que nos aportan la fuerza de una vida que engaña en medio de la debilidad de la enfermedad, sea del tipo que sea.

Y ellos nos hacen fuertes y soportan nuestros momentos más débiles, porque ellos nos ayudan a sacar fuerzas de flaqueza cuando el desgaste o el desánimo o el no querer se apoderan de nuestros cuerpos cansados por el bregar de cada día al lado de ellos. Y entonces surge, como por arte de magia, que unos nos sostenemos a otros, que unos acompañamos la debilidad de otros, que unos aportamos la calidad en el cuidado o el ambiente acogedor de una comunidad que se sabe cuidadora y acompañadora de la debilidad física de otros.

Resulta así un vivir en ida y vuelta, dominados acaso por el miedo a no saber cómo actuar, pero cogidos de la mano, resolviendo historias e imaginando cuentos donde el niño y el perrillo de antes desempolvan nuestros más firmes resortes para que en medio del sufrimiento psíquico encontremos aquellos cauces que nos siguen hermanando en el diario vivir de un acompañamiento fraterno.

Vuestra presencia hoy aquí refleja las ganas de querer seguir haciendo camino con los hermanos y hermanas más vulnerables, tocados por la vara de la enfermedad, el desasosiego o las ganas de que todo acabe. Y vosotros y vosotras queréis poner ese bálsamo del saber hacer las cosas con tino, con tiento, con amor, porque lo hemos aprendido de aquel que nos llamó a cuidarnos mutuamente y que es el mejor médico de los cuerpos y de las almas, nuestro maestro Jesús.

Ponemos este día no bajo el signo del zodiaco, sino bajo la ocasión terapéutica de encontrarnos con otros, para intentar encontrar el mejor remedio para aquellos males que aquejan a nuestros hermanos (acaso en algún momento a nosotros mismos) y emprender el camino de seguir creando y construyendo la fraternidad que se vive en la comunidad, donde el amor que Dios descarga sobre los hombros de unos y otros (seamos acompañantes o sufrientes, porque en un grado y otro todos participamos) nos anime a vivir este día con el corazón henchido (no encogido), con el espíritu abierto (no el miedo en el cuerpo) y, sobre todo, con muchos, con muchos deseos de seguir aprendiendo en este camino de la vida a saber acompañar(nos) en la fragilidad.

Felices días de encuentro. Bienvenidos. ¡Qué disfrutéis estos días!

Jesús Miguel Zamora, fsc
Secretario General